

INTRODUCCIÓN

Muchos que se dicen cristianos, en vez de creer en la Resurrección, creen en la reencarnación. Esto me ha motivado para sacar este cuadernillo, cuyo contenido, está tomado textualmente de la enseñanza de la Iglesia, contenida en el Catecismo de la Iglesia Católica. Espero que su lectura, les aclare las dudas de ustedes. Al final encontrarán un ANÁLISIS, para que profundicen la lectura. Pido al Señor, les ilumine, anime y conceda todas las gracias necesarias, para que puedan hacer una lectura provechosa.

CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE"

988 El Credo cristiano —profesión de nuestra fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en su acción creadora, salvadora y santificadora— culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al fin de los tiempos, y en la vida eterna.

989 Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que Él los resucitará en el último día (cf. *Jn* 6, 39-40). Como la suya, nuestra resurrección será obra de la Santísima Trinidad:

«Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (*Rm* 8, 11; cf. *1 Ts* 4, 14; *1 Co* 6, 14; *2 Co* 4, 14; *Flp* 3, 10-11).

990 El término "carne" designa al hombre en su condición de debilidad y de mortalidad (cf. *Gn* 6, 3; *Sal* 56, 5; *Is* 40, 6). La "resurrección de la carne" significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros "cuerpos mortales" (*Rm* 8, 11) volverán a tener vida.

991 Creer en la resurrección de los muertos ha sido desde sus comienzos un elemento esencial de la fe cristiana. "La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella"

«¿Cómo andan diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe [...] ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron» (*1 Co* 15, 12-14. 20).

I. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA NUESTRA

REVELACIÓN PROGRESIVA DE LA RESURRECCIÓN

992 La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo. La esperanza en la resurrección corporal de los muertos se impuso como una

consecuencia intrínseca de la fe en un Dios creador del hombre todo entero, alma y cuerpo. El creador del cielo y de la tierra es también Aquél que mantiene fielmente su Alianza con Abraham y su descendencia. En esta doble perspectiva comienza a expresarse la fe en la resurrección. En sus pruebas, los mártires Macabeos confiesan:

«El Rey del mundo, a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna» (2 *M* 7, 9). «Es preferible morir a manos de los hombres con la esperanza que Dios otorga de ser resucitados de nuevo por él» (2 *M* 7, 14; cf. 2 *M* 7, 29; *Dn* 12, 1-13).

993 Los fariseos (cf. *Hch* 23, 6) y muchos contemporáneos del Señor (cf. *Jn* 11, 24) esperaban la resurrección. Jesús la enseña firmemente. A los saduceos que la niegan responde: "Vosotros no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios, vosotros estáis en el error" (*Mc* 12, 24). La fe en la resurrección descansa en la fe en Dios que "no es un Dios de muertos sino de vivos" (*Mc* 12, 27).

994 Pero hay más: Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: "Yo soy la resurrección y la vida" (*Jn* 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él (cf. *Jn* 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. *Jn* 6, 54). En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos (cf. *Mc* 5, 21-42; *Lc* 7, 11-17; *Jn* 11), anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden. De este

acontecimiento único, Él habla como del "signo de Jonás" (*Mt* 12, 39), del signo del Templo (cf. *Jn* 2, 19-22): anuncia su Resurrección al tercer día después de su muerte (cf. *Mc* 10, 34).

995 Ser testigo de Cristo es ser "testigo de su Resurrección" (*Hch* 1, 22; cf. 4, 33), "haber comido y bebido con él después de su Resurrección de entre los muertos" (*Hch* 10, 41). La esperanza cristiana en la resurrección está totalmente marcada por los encuentros con Cristo resucitado. Nosotros resucitaremos como Él, con Él, por Él.

996 Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprendimientos y oposiciones (cf. *Hch* 17, 32; *I Co* 15, 12-13). "En ningún punto la fe cristiana encuentra más contradicción que en la resurrección de la carne" (San Agustín, *Enarratio in Psalmum* 88, 2, 5). Se acepta muy comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?

CÓMO RESUCITAN LOS MUERTOS

997 *¿Qué es resucitar?* En la muerte, separación del alma y el cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús.

998 ¿Quién resucitará? Todos los hombres que han muerto: "los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación" (*Jn* 5, 29; cf. *Dn* 12, 2).

999 ¿Cómo? Cristo resucitó con su propio cuerpo: "Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo" (*Lc* 24, 39); pero Él no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en Él "todos resucitarán con su propio cuerpo, del que ahora están revestidos" (Concilio de Letrán IV: DS 801), pero este cuerpo será "transfigurado en cuerpo de gloria" (*Flp* 3, 21), en "cuerpo espiritual" (*1 Co* 15, 44):

«Pero dirá alguno: ¿cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no revive si no muere. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano..., se siembra corrupción, resucita incorrupción [...]; los muertos resucitarán incorruptibles. En efecto, es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad; y que este ser mortal se revista de inmortalidad (*1 Cor* 15,35-37. 42. 53).

1000 Este "cómo ocurrirá la resurrección" sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento; no es accesible más que en la fe. Pero nuestra participación en la Eucaristía nos da ya un anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo por Cristo:

«Así como el pan que viene de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, ya no es pan ordinario, sino

Eucaristía, constituida por dos cosas, una terrena y otra celestial, así nuestros cuerpos que participan en la eucaristía ya no son corruptibles, ya que tienen la esperanza de la resurrección» (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, 4, 18, 4-5).

1001 ¿Cuándo? Sin duda en el "último día" (*Jn* 6, 39-40. 44. 54; 11, 24); "al fin del mundo" (**LG** 48). En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la Parusía de Cristo:

«El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar» (*1 Ts* 4, 16).

RESUCITADOS CON CRISTO

1002 Si es verdad que Cristo nos resucitará en "el último día", también lo es, en cierto modo, que nosotros ya hemos resucitado con Cristo. En efecto, gracias al Espíritu Santo, la vida cristiana en la tierra es, desde ahora, una participación en la muerte y en la Resurrección de Cristo:

«Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que le resucitó de entre los muertos [...] Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (*Col* 2, 12; 3, 1).

1003 Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo

resucitado (cf. *Flp* 3, 20), pero esta vida permanece "escondida [...] con Cristo en Dios" (*Col* 3, 3) "Con él nos ha resucitado y hecho sentar en los cielos con Cristo Jesús" (*Ef* 2, 6). Alimentados en la Eucaristía con su Cuerpo, nosotros pertenecemos ya al Cuerpo de Cristo. Cuando resucitemos en el último día también nos "manifestaremos con él llenos de gloria" (*Col* 3, 4).

1004 Esperando este día, el cuerpo y el alma del creyente participan ya de la dignidad de ser "en Cristo"; donde se basa la exigencia del respeto hacia el propio cuerpo, y también hacia el ajeno, particularmente cuando sufre:

«El cuerpo es [...] para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? [...] No os pertenecéis [...] Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo» (*1 Co* 6, 13-15. 19-20).

II. MORIR EN CRISTO JESÚS

1005 Para resucitar con Cristo, es necesario morir con Cristo, es necesario "dejar este cuerpo para ir a morar cerca del Señor" (*2 Co* 5,8). En esta "partida" (*Flp* 1,23) que es la muerte, el alma se separa del cuerpo. Se reunirá con su cuerpo el día de la resurrección de los muertos (cf. *Credo del Pueblo de Dios*, 28).

LA MUERTE

1006 "Frente a la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su cumbre" (GS 18). En un sentido, la muerte corporal es natural, pero por la fe sabemos que realmente es "salario del pecado" (*Rm* 6, 23; cf. *Gn* 2, 17). Y para los que mueren en la gracia de Cristo, es una participación en la muerte del Señor para poder participar también en su Resurrección (cf. *Rm* 6, 3-9; *Flp* 3, 10-11).

1007 *La muerte es el final de la vida terrena.* Nuestras vidas están medidas por el tiempo, en el curso del cual cambiamos, envejecemos y como en todos los seres vivos de la tierra, al final aparece la muerte como terminación normal de la vida. Este aspecto de la muerte da urgencia a nuestras vidas: el recuerdo de nuestra mortalidad sirve también para hacernos pensar que no contamos más que con un tiempo limitado para llevar a término nuestra vida:

«Acuérdate de tu Creador en tus días mozos [...], mientras no vuelva el polvo a la tierra, a lo que era, y el espíritu vuelva a Dios que es quien lo dio» (*Qo* 12, 1. 7).

1008 *La muerte es consecuencia del pecado.* Intérprete auténtico de las afirmaciones de la Sagrada Escritura (cf. *Gn* 2, 17; 3, 3; 3, 19; *Sb* 1, 13; *Rm* 5, 12; 6, 23) y de la Tradición, el Magisterio de la Iglesia enseña que la muerte entró en el mundo a causa del pecado del hombre (cf. DS 1511). Aunque el hombre poseyera una naturaleza mortal, Dios lo destinaba a no morir. Por tanto, la muerte fue contraria a los designios de Dios Creador, y entró en el

mundo como consecuencia del pecado (cf. *Sb* 2, 23-24). "La muerte temporal de la cual el hombre se habría liberado si no hubiera pecado" (**GS** 18), es así "el último enemigo" del hombre que debe ser vencido (cf. *1 Co* 15, 26).

1009 *La muerte fue transformada por Cristo.* Jesús, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte, propia de la condición humana. Pero, a pesar de su angustia frente a ella (cf. *Mc* 14, 33-34; *Hb* 5, 7-8), la asumió en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición (cf. *Rm* 5, 19-21).

EL SENTIDO DE LA MUERTE CRISTIANA

1010 Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo. "Para mí, la vida es Cristo y morir una ganancia" (*Flp* 1, 21). "Es cierta esta afirmación: si hemos muerto con él, también viviremos con él" (*2 Tm* 2, 11). La novedad esencial de la muerte cristiana está ahí: por el Bautismo, el cristiano está ya sacramentalmente "muerto con Cristo", para vivir una vida nueva; y si morimos en la gracia de Cristo, la muerte física consume este "morir con Cristo" y perfecciona así nuestra incorporación a El en su acto redentor:

«Para mí es mejor morir en (*eis*) Cristo Jesús que reinar de un extremo a otro de la tierra. Lo busco a Él, que ha muerto por nosotros; lo quiero a Él, que ha resucitado por nosotros. Mi parto se aproxima [...] Dejádme recibir la luz pura; cuando yo llegue allí, seré un hombre» (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Romanos* 6, 1-2).

1011 En la muerte, Dios llama al hombre hacia sí. Por eso, el cristiano puede experimentar hacia la muerte un deseo semejante al de san Pablo: "Deseo partir y estar con Cristo" (*Flp* 1, 23); y puede transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, a ejemplo de Cristo (cf. *Lc* 23, 46):

«Mi deseo terreno ha sido crucificado; [...] hay en mí un agua viva que murmura y que dice desde dentro de mí "ven al Padre"» (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Romanos* 7, 2).

«Yo quiero ver a Dios y para verlo es necesario morir» (Santa Teresa de Jesús, *Poesía*, 7).

«Yo no muero, entro en la vida» (Santa Teresa del Niño Jesús, *Lettre* (9 junio 1987)).

1012 La visión cristiana de la muerte (cf. *1 Ts* 4, 13-14) se expresa de modo privilegiado en la liturgia de la Iglesia:

«La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo. (*Misal Romano*, Prefacio de difuntos).

1013 La muerte es el fin de la peregrinación terrenal del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrenal según el designio divino y para decidir su último destino. Cuando ha tenido fin "el único curso de nuestra vida terrenal" (**LG** 48), ya no

volveremos a otras vidas terrenas. "Está establecido que los hombres mueran una sola vez" (*Hb* 9, 27). No hay "reencarnación" después de la muerte.

1014 La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte ("De la muerte repentina e imprevista, líbranos Señor": Letanías de los santos), a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros "en la hora de nuestra muerte" (Avemaría), y a confiarnos a san José, patrono de la buena muerte:

«Habrías de ordenarte en toda cosa como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir de los pecados que de la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana?»

«Y por la hermana muerte, ¡loado mi Señor! Ningún viviente escapa de su persecución; ¡ay si en pecado grave sorprende al pecador! ¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!»

Análisis del texto

- 1-. Relean de nuevo el texto y subrayen lo que no entiendan o les llame más la atención
- 2-. Anoten en un cuaderno las ideas que fueron aclaratorias para ustedes; y también anoten las dudas que les surgieron, para después planteárselas a algún sacerdote, diácono, religiosa, catequista.
- 3-. ¿Qué compromisos les hace adquirir la lectura?

- 4-. Compartan o comenten con otras personas lo que han aprendido.
- 5-. Pueden terminar con una oración, para Darle gracias a Dios o pedirle por alguna necesidad.

ÍNDICE

I. La Resurrección de Cristo y la nuestra.....	2
Revelación progresiva de la Resurrección.....	2
Cómo resucitan los muertos	4
Resucitados con Cristo	6
II. Morir en Cristo Jesús	7
La muerte.....	8
El sentido de la muerte cristiana.....	9
Análisis del texto	11